

A woman with long, curly brown hair, wearing a light-colored, possibly white, dress with lace or floral details, is shown in profile playing a violin. She is holding the bow and the instrument. The background is a snowy winter scene in a park, featuring a large, ornate stone bridge in the foreground and a large, multi-story building with two prominent towers in the distance. The sky is a pale, overcast blue.

LOLA REY

Da capo

Da capo
Lola Rey

Título: Da capo

1ª Edición: Noviembre, 2020

© Lola Rey, 2020

Imágenes de portada: Adobe Stock

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Agradecimientos

El que esta novela haya visto la luz no ha sido, ni mucho menos, mérito exclusivamente mío, he contado con mucha y muy inestimable ayuda.

En todo lo referido al violín (materiales, características, obras...) he contado con el asesoramiento de una persona muy especial y querida, Joaquín Aliseda, excelente violinista y mejor persona. Muchas gracias Joaquín, por tu disponibilidad para resolver mis preguntas siempre con agrado.

La maravillosa portada es un regalo de Esther Ortiz, a la que tengo que agradecer también su ayuda con la maquetación y su orientación técnica. Es un placer contar con personas como tú siempre dispuestas a ayudar a cambio de nada.

Capítulo 1

Nueva York, 1892

—Madre, por Dios, ¿qué pone en la carta?

La señora Wilson levantó la mirada brillante por las lágrimas que trataba, con poco éxito, de contener. Sus labios y sus manos temblaban. Sabía que estaba preocupando a Lauren, su hija, pero no podía evitarlo; apenas hacía dos meses que su esposo había fallecido y si bien había tenido la sospecha de que a partir de ese momento su vida cambiaría drásticamente ni en sus peores pesadillas había imaginado que el cambio sería tan demoledor. La misiva la remitía el señor Harris, el que había sido socio a partes iguales de su esposo recientemente fallecido, y lo que él le contaba daba una dimensión nueva a los sucesos que habían trastornado su vida en esos últimos meses. Ahora entendía la pérdida de peso de Richard, su malhumor, la preocupación que parecía atenazarlo y que apenas lo dejaba conciliar el sueño...hasta que un ataque al corazón había acabado con su vida.

—Madre no puede ser tan malo.

La señora Wilson miró a su hija pensando qué sería ahora de ellas. Tragó saliva y trató, con poco éxito, de recomponerse.

—Lauren, querida... el señor Harris... —su voz volvió a apagarse, incapaz de poner sonido a las funestas noticias.

Impaciente Lauren arrancó la fina hoja de papel de las manos de su madre y comenzó a leer con avidez mientras la señora Wilson enterraba la cara entre las manos, dejando

escapar a borbotones su miedo y su preocupación en forma de sollozos.

—No puede ser... —al escuchar el lamento de su hija, la señora Wilson arreció en sus sollozos.

Las manos de Lauren comenzaron a temblar y como si de una marioneta a la que le acaban de cortar las cuerdas se tratase, se dejó caer sobre el coqueto silloncito que tenía justo a la espalda.

—Yo creía...siempre pensé que la empresa...

Se calló. Las implicaciones que la carta del señor Harris tenía en sus vidas eran brutales. Oía los sollozos de su madre como algo lejano, absorta mientras trataba de asimilar lo que acaba de leer. De repente toda su vida le pareció una mentira y un desagradable sentimiento de vergüenza y pesar la inundó.

Había seguido con su vida despreocupada y superficial, ajena a las dificultades que su padre estaba atravesando, nunca se había cuestionado que la vida acomodada y privilegiada que llevaba pudiese cambiar, nunca pensó en el trabajo que le costaba a su padre mantenerlas en esa especie de burbuja en la que habían vivido. Por un terrible momento el pánico le impidió pensar con claridad, era como si le faltara el aire y el hecho mismo de respirar requiriese de ella un esfuerzo sobrehumano. Pero enseguida recordó los consejos del señor Schröder, su profesor de violín, y comenzó a tomar y retener el aire hasta que poco a poco su mente se fue aclarando.

—Mañana iremos a visitar personalmente al señor Harris, debe haber algo que podamos hacer.

—¿Acaso no has leído lo que pone en la carta? ¡¡Lo hemos perdido todo!!

Lauren detectó la incipiente histeria en el tono de su madre. La actitud histriónica de ésta habitualmente la sacaba de quicio, pero en esta ocasión no podía por menos que compadecerla. El hecho de ver a su madre casi al borde del

colapso hizo que toda su debilidad se transformara en decisión.

—Madre, sube a tu habitación y métete en la cama. Le diré a Jane que te lleve un caldo caliente.

—¿Cómo pretendes que duerma cuando estamos en la ruina más absoluta?!

La voz de Lauren sonó dura al responder a su madre.

—El hecho de que permanezcas despierta no va a cambiar ese hecho y cuánto más descansadas estemos mayor capacidad de ver las cosas con claridad tendremos.

—¿Qué vamos a hacer?

El tono lloroso de su madre le hizo tragar saliva y alzar la barbilla al responder:

—Mañana iremos a ver al señor Harris, como poco merecemos que nos lo diga a la cara.

Lauren no era consciente de que sus nudillos estaban blancos debido a la fuerza con que apretaba los puños mientras oía lo que el señor Harris les decía. Este parecía una pálida sombra del hombre que había sido. Delgado y ojeroso su rostro estaba macilento y parecía que hacía días que no dormía.

—...decidimos embarcarnos en una operación arriesgada, la presión de la competencia cada vez era mayor, así que invertimos todo lo que teníamos en ese proyecto, ¿qué podía fallar? Todas las nuevas líneas de ferrocarril que se han abierto hacia el oeste han sido un éxito pero en el tendido de esta ruta se encontró petróleo.

—¿Y eso no es una buena noticia? —interrumpió Lauren.

—Lo habría sido si las tierras fuesen nuestras, pero nosotros sólo financiamos la construcción del ferrocarril con la condición de que recibiríamos los dividendos de los beneficios que reportara. Ahora ese ferrocarril no pasará por allí.

—Pero hará falta un medio de transporte para llevar provisiones, personal... ¿por qué no se puede desviar el trazado original manteniendo el proyecto?

En este punto el señor Harris enrojeció un poco y carraspeó.

—Bueno, creo que es un asunto que quizá una joven dama como usted...

—¡Déjese de monsergas! —ignorando la exclamación horrorizada de su madre que permanecía pálida y silenciosa a su lado, Lauren prosiguió alzando ligeramente la voz—: ¿cree que hay algo que pueda oír peor que el hecho de que nos hemos quedado en la ruina más absoluta?

El señor Harris tragó saliva.

—Bueno, en realidad su padre se negó rotundamente a tocar el dinero destinado a su dote, no han quedado ustedes totalmente desamparadas.

—¿Y eso hasta cuándo nos permitirá vivir sin preocuparnos? ¿Un año? ¿Dos?

El hombre bajó la vista, consciente de que lo que la joven decía era cierto.

—El caso, señorita Wilson, es que fuimos engañados.

—En ese caso podrá recurrir a los tribunales...

Negando penosamente con la cabeza, el señor Harris continuó explicando:

—Legalmente no hay engaño, nosotros firmamos un contrato según el cual recibiríamos los beneficios por el ferrocarril especificando el trazado que seguiría. El hecho de que ese trazado haya cambiado nos deja a nosotros fuera del trato.

—¡Pero eso es una canallada!

—Así es; el señor Carmel ha demostrado ser un ser sin escrúpulos ni palabra. Un verdadero estafador, pero desgraciadamente la ley le ampara.

Lauren permaneció en silencio durante unos minutos, sopesando las palabras del socio de su padre. La sociedad en la que vivían se transformaba a pasos agigantados. Cada vez más advenedizos hacían acto de presencia en ella, verdaderos tiburones que se aprovechaban de unas caducas normas de cortesía que no tenían sentido para ellos. La in-

genuidad de su padre y el señor Harris les había salido cara. Lauren comprendió que el mundo se asemejaba a una selva donde los débiles e incautos no tenían nada que hacer.

—¿Qué va a hacer usted? —por lo que sabía, el señor Harris no tenía esposa ni hijos.

—Imagino que buscaré trabajo en alguna oficina, quizá algún banco...

El tono lastimoso de su voz hizo que Lauren sintiese compasión por él, pero enseguida recordó que ella tenía que lidiar con su propio drama. Tirando suavemente del brazo de su madre que había permanecido como ausente durante todo el tiempo que duró la entrevista se despidió diciendo:

—Le deseo mucha suerte señor Harris. —Y sin añadir nada más salió del despacho, medio aturdida aún por las revelaciones de esa mañana.

Esa noche no pudo conciliar el sueño. Su madre había tomado una tisana con unas gotitas de opio, aunque Lauren le había dicho a Jane que le redujese la cantidad hasta eliminarla, pero sin decirle nada a la señora Wilson. Si la mitad de lo que había oído sobre la adición al opio era cierto debía evitar a toda costa que su madre comenzase a depender de él.

Mientras todos en la casa dormían ella hacía cálculos; había sacado del banco todo el dinero que aún quedaba y que su padre había guardado para su dote. Tal y como había imaginado, le daría para vivir algo más de un año manteniendo todo el servicio y las comodidades de que disfrutaban. Con reciente desesperación comenzó a repasar las opciones que tenían tratando de mantener a raya el pánico que amenazaba con invadirla. Poco a poco las brumas de la desesperación se disiparon lo suficiente como para que su mente comenzara a funcionar. Respirando hondo comenzó a tranquilizarse; sabía lo que tenía que hacer, no sería fácil pero era necesario. A pesar de que su vida se disponía a

dar un giro de ciento ochenta grados, el hecho de haber tomad una decisión la tranquilizó lo suficiente como para poder dormir unas horas.

Capítulo 2

—Si vendemos la casita de Los Hamptons conseguiríamos suficiente dinero como para mantenernos con comodidad casi otro años más, también debemos despedir a casi todo el personal... —la voz de Lauren se quebró ligeramente, era la decisión más difícil de las que había tomado—, será terrible, pero no nos queda otra opción. Mantendremos sólo a la cocinera y a Jane.

Su madre la miraba con la boca abierta y todo el horror que sentía claramente dibujado en sus ojos. Tratando de ignorar la conmoción materna, Lauren continuó hablando:

—También venderemos el caballo y el carruaje, caminar no nos vendrá mal y en los casos en que realmente lo necesitemos podemos alquilar uno.

—¡Lauren no puedes estar hablando en serio!

La joven apretó los labios y contuvo una réplica mordaz. Su madre parecía creer que de manera casi mágica su situación iba a resolverse de un día para otro sin que sus vidas se viesan afectadas lo más mínimo. Ignorando su exclamación continuó diciendo:

—Afortunadamente nuestro guardarropa es más que suficiente para aguantar varios años madre —Lauren conocía la desmesurada afición de su madre por los vestidos, zapatos, joyas y demás fruslerías—y a partir de ahora debemos intentar comer con más frugalidad; alimentos de temporada, que siempre hay en los mercados y que están mejor de precio que las exquisiteces de importación...

La señora Wilson dejó de llorar de repente. Levantando la cara enrojecida por el llanto, exclamó:

—Lauren, querida, ¿no crees que estás llevando las cosas demasiado lejos?

—¿Demasiado lejos dices? —sin apenas ser consciente de lo que hacía Lauren se levantó y comenzó a pasear por la estancia, incapaz de permanecer sentada —. ¿De dónde crees que sale el dinero? ¿Crees que nos va a llover del cielo solo porque somos unas Wilson?

—Pero hija...no puede ser tan terrible.

—Madre, el dinero de mi dote no durará siempre, tenemos que acostumbrarnos a vivir con menos, —alzando los brazos con frustración exclamó—: ¡Por Dios Santo! ¡Aún así viviremos mejor que la mayoría de la gente!

La señora Wilson rompió a llorar de nuevo, lamentos desgarradores que sacudían su menudo cuerpo por entero.

—Eso será terrible, no podré vivir soportando esta vergüenza...

El rostro de Lauren se endureció.

—Desde luego no viviremos de ninguna manera si no hacemos algo.

La señora Wilson enmudeció de golpe y su rostro adoptó una palidez cadavérica.

—No me encuentro bien, creo que me retiraré a mi habitación a descansar.

Lauren no respondió nada, de hecho apenas la había oído. Una nueva idea comenzaba a tomar forma en su mente, algo que jamás se habría planteado si sus circunstancias no hubiesen cambiado tan drásticamente como lo habían hecho. Una extraña sensación de vértigo la recorría pero extrañamente la idea cada vez la llenaba de más entusiasmo. ¿Por qué no? Pensar en la reacción de su madre al enterarse hizo que su incipiente entusiasmo se enfriase ligeramente, aún así se dijo que eso será la solución a todos sus problemas. Nunca más vivirían con las comodidades de las

que habían disfrutado hasta ese momento, pero podrían disfrutar de una vida apacible y honesta y lo mejor de todo es que no le debería nada a nadie, todo lo lograría por sí misma. Esta idea le resultó embriagadora.

No le diría nada a su madre hasta que estuviese hecho. Con la excitación que el nuevo rumbo que se disponía a emprender corriéndole por las venas como si de un afrodisíaco se tratase, Lauren comenzó a sentirse mejor de lo que se había sentido desde la muerte de su padre.

Buscaría un trabajo.

Lauren movía los dedos de manera rítmica. Trataba de evitar que el nerviosismo los entumeciera pero a su pesar se notaba tensa y sudorosa. Sabía que no eran las mejores condiciones para la prueba que se disponía a realizar pero confiaba en su talento, y sobre todo, en su enorme necesidad.

Desde que a los seis años comenzara a tocar el violín éste se había convertido en su mejor amigo y en un compañero inseparable. Su profesor, un alemán que hablaba un inglés macarrónico, pronto apreció en ella cualidades excepcionales. A los diez años comenzó a dar sus primeros recitales, siempre entre las amistades de su familia, la flor y nata de la burguesía de Nueva York, y no había celebración o acto importante en que no se requiriera su presencia como violinista. Cuando Lauren cumplió quince años el señor Schröder, su profesor, manifestó que no tenía nada más que enseñarle, pues su dominio del instrumento superaba al propio.

Lauren era una gran enamorada de la música clásica; a los dieciséis años acudió a ver a la Orquesta Filarmónica de Nueva York por primera vez. La dirigía Theodore Thomas e interpretaron la Sinfonía Pastoral de Beethoven. La huella que escuchar esa música sublime y perfecta dejó en su alma nunca se borró y a partir de ese día siempre que era

posible y acompañada de su padre, acudía a los conciertos que daba la orquesta. Recordar a su padre hizo que se entristeciera; él siempre la había apoyado en todos los proyectos que se había empeñado en acometer y cuando supo que su hija deseaba tocar el violín encargó para ella un Stradivarius que trajeron directamente desde Italia. Lauren no pudo evitar preguntarse si aprobaría el hecho de que buscara un trabajo. Estaba segura de que Richard Wilson había imaginado un futuro muy distinto para su única hija, pero igualmente sabía que su padre sentía gran admiración por las personas capaces de labrarse un futuro de la nada. Esperaba que pudiese sentirse orgulloso de ella.

Decidir buscar trabajo y encontrarlo habían sido dos cosas muy distintas; de hecho ahora esperaba, atenzada por los nervios, ya que anteriormente no había tenido ninguna suerte. Había acudido a la Asociación de Damas de Nueva York, que solían organizar conciertos y eventos para recaudar fondos y con las que Lauren había colaborado altruistamente en diversas ocasiones. Lauren fue a proponer sus servicios como violinista; la señora Hartmann, presidenta de la asociación, le había dicho que estaría encantada de contar con alguien de su inmenso talento, pero que por supuesto esperaba que lo hiciera de forma gratuita. "Todo el dinero que recibimos va para la causa, querida". Lauren ni siquiera tenía claro cuál era esa causa pero se limitó a dar las gracias y a marcharse.

Después de eso había visitado a todas aquellas familias pertenecientes a lo más granado de la sociedad neoyorkina y con los que hasta hacía unos meses se había codeado en diversos eventos y fiestas, pero todos se horrorizaban cuando escuchaban sus pretensiones, incluso la señora Geldof había sugerido que su "absurda idea" de trabajar no era más que un signo de soberbia.

Las únicas ofertas que había recibido eran de tabernas que ofrecían música en directo a sus clientes. Lauren sabía que acabaría cediendo y aceptando uno de esos trabajos,

aunque para ello tuviera que mentir a su madre, pero se dijo a sí misma que esperaría dos semanas más; si en ese tiempo no lograba encontrar nada más apropiado aceptaría la oferta de la taberna que tuviese un aspecto más pulcro y decente. Fue durante ese plazo cuando, mirando en la sección de noticias del *New York Herald*, vio la oferta de empleo de la Orquesta Filarmónica. Su corazón había comenzado a latir con fuerza mientras sentía que una corriente de energía la invadía. La orquesta solicitaba varias plazas de instrumentistas entre ellas tres para violinistas *di ripieno*. Enseguida supo que debía conseguir una de esas plazas; no sólo le permitiría ganar un sueldo que si bien sería modesto, le alcanzaría para alimentar a su madre y a ella misma con solvencia, sino que además la idea de tocar en una orquesta del prestigio de la Filarmónica de Nueva York, de la que tantísimo había disfrutado como espectadora, se le antojaba un sueño.

La audición de los aspirantes comenzaba en cinco minutos. A su alrededor los músicos calentaban sus instrumentos, formando una cacofonía que hacía casi imposible oír la voz de los demás. Ella flexionó los dedos por última vez y sacó su violín del estuche. Se ajustó la almohadilla bajo el mentón y casi con reverencia tomó el arco; el suyo era de curva cóncava, lo cual permitía una mayor tensión que los de curva convexa. Tocó la nota la, buscando la afinación perfecta, pero el ruido de su alrededor le impedía oír con nitidez, así que se alejó todo lo que le permitía la sala en la que se encontraban y, de espaldas al resto de aspirantes, comenzó a afinar.

En ese momento se abrió la puerta de la sala donde esperaban y un ujier anunció que podían ir pasando en orden y de uno en uno. Varias cabezas se volvieron hacia donde ella se encontraba.

—Usted señorita, pase primero, por favor.

Lauren aceptó la caballerosa galantería de uno de los aspirantes con una inclinación de cabeza e inspirando profun-